

María Zambrano

# La agonía de Europa

Introducción de Mercedes Gómez-Blesa



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo María Luisa Maillard en el Vol. II – Libros (1940-1950) de las OO. CC. de María Zambrano, 2016.

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Fundación María Zambrano, 2016  
© de la introducción: Mercedes Gómez-Blesa, 2023  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-256-1  
Depósito legal: M. 4.117-2023  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Mercedes Gómez-Blesa
- La agonía de Europa
- 41 Advertencia
- 45 I. La agonía de Europa
- 69 II. La violencia europea
- 93 III. La esperanza europea
- 121 IV. La destrucción de las formas



Introducción

## Una hermenéutica de la crisis europea: el problema religioso

El estallido de la Segunda Guerra Mundial va a determinar un giro en el centro de interés del pensamiento de Zambrano, centrado hasta ese momento fundamentalmente en el «problema de España», tal como testimonian *Los intelectuales en el drama de España* (1937) y *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939). Aunque nunca abandonará la reflexión sobre la cultura española, esta temprana preocupación por la situación interna del país va a ceder paso, a raíz de este conflicto bélico, a la preocupación por el viejo continente europeo, y fruto de ella nace *La agonía de Europa*, escrita –según comenta la autora en el Prólogo– durante el verano de 1940, pero no publicada hasta 1945. El libro consta de cuatro capítulos que se corresponden con las cuatro conferencias impartidas por Zambrano en 1941

en el Instituto de Investigaciones Científicas y Altos Estudios de la Universidad de La Habana, y también en el Seminario de Investigaciones Históricas de la Academia de Ciencias, adscrito a la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Cubano. Dichos capítulos son: «La agonía de Europa», «La violencia europea», «La esperanza europea» y, por último, «La destrucción de las formas»<sup>1</sup>.

En todos ellos la autora lleva a cabo una hermenéutica de la crisis europea en un intento desesperado por encontrar una salida a la misma. Esta hermenéutica conlleva un doble ejercicio: primero, un *ejercicio de revelación*, en tanto la crisis supone, para la autora, un modo excepcional de mostración de la verdadera esencia de aquello que entra en declive, como si la crisis practicara una especie de incisión en la superficie de lo real que deja entrever su meollo, su verdadero ser. En este sentido, el momento crítico que atraviesa el viejo continente nos permite conocer mejor la propia esencia europea, aquello que Zambrano nombra como la «estructura íntima» de un pueblo.

1. Estos cuatro capítulos aparecieron publicados, por separado, en varias revistas sudamericanas. La referencia bibliográfica completa es la siguiente: «La agonía de Europa», *Sur* (Buenos Aires), n.º 72, septiembre de 1940, pp. 16-35; «La violencia europea», *Sur* (Buenos Aires), n.º 78, marzo de 1941, pp. 7-23; «La esperanza europea», *Sur* (Buenos Aires), vol. 12, n.º 90, marzo de 1942, pp. 12-31; «La destrucción de las formas», *El hijo pródigo* (México), vol. 4, n.º 14, mayo de 1944, pp. 75-81.

Recordemos que ya la autora había hecho este mismo intento respecto a España en un ensayo anterior a este, *Pensamiento y poesía en la vida española* (1939). La tremenda crisis española, materializada en la guerra civil, creaba también un momento idóneo para destapar las ocultas *categorías* del ser de España, que restituía de su larga tradición cultural la auténtica e imperecedera alma hispana. Aquí, sin embargo, la indagación se dirige hacia el alma europea, pues solo a través de esta búsqueda de la verdadera ontología de Europa podemos vislumbrar el error que ha conducido a tanto resentimiento latente en la sociedad, verdadero caldo de cultivo de los diferentes totalitarismos europeos. La hermenéutica de la crisis europea, como vemos, lleva intrínseco, en segundo lugar, un *ejercicio de salvación*, ya que únicamente si contestamos a la pregunta «¿qué es Europa?», seremos capaces de atisbar las razones últimas de la marea de violenta destrucción que se ha apoderado del viejo continente. La resurrección de Europa pasa por un conocimiento obligado de su propio ser, si se quiere rescatar todavía algo de su alma agonizante:

Se trata de explicarnos, de aclararnos lo que seguimos sintiendo vivo, aunque nos digan que ha muerto o está en trance de morir. Se trata, también, de recoger lo que de Europa actúa aún y tiene vigencia, en algunas conciencias al menos, en aquellas que no están dispuestas

a adherirse al triunfo de la fuerza, por la única razón de que lo es (p. 67).

Esta hermenéutica de la crisis se traduce también en una fenomenología de la misma, al mostrarnos las manifestaciones concretas en que cobra cuerpo el declive europeo. Uno de estos fenómenos o síntomas de la crisis es la «servidumbre a los hechos» que experimenta el europeo medio, lo que conlleva la pérdida de una de las capacidades que más lo enaltecieron desde Grecia: la capacidad de abstracción, de alejamiento de la realidad para poder extraer de ella su esquema. Europa se ha falseado al traicionar sus principios, y ha negado el idealismo que la fundamentaba. A pesar de que la radicalización de esta actitud idealista ante lo real será la causa también de la crisis europea, ha permitido, sin embargo, en épocas pasadas, una rebeldía contra el empuje de los hechos, contra el ímpetu de la devoradora inmediatez de lo real para alcanzar una altitud de miras, capaz de desentrañar la esencia de lo que está ocurriendo. Ahora, esta conformidad con las apariencias de las cosas trae consigo, como su atroz consecuencia, una pérdida del espacio interior de la conciencia que impide una visión clara del presente. La agresividad positiva frente a lo dado e inmediato es reemplazada por una negativa que responde al desánimo y a la desesperanza con la destrucción y la barbarie. Curiosamente, cuanto mayor

es la falta de visión del europeo, mayor es la ola de violencia que invade al viejo continente.

La raíz de esta pérdida de capacidad de abstracción y de comprensión del presente la encuentra Zambrano en dos elementos: por un lado, en la excesiva confianza del europeo en el dominio sobre la naturaleza, sembrada por el *naturalismo* del XIX, que contribuyó a un ensoberbecimiento del hombre frente al mundo; y, por otro, en la plena confianza en la naturaleza humana desatada por la fe en la razón científico-técnica, y exaltada por el *liberalismo*, que acentuó aún más dicha soberbia. Sin embargo, de esta excesiva confianza en la naturaleza y en la razón humana nace, según Zambrano, el terror que se ha extendido por toda el alma europea que la inhabilita para la acción:

La conciencia europea pasó sin tránsito de la ingenuidad más optimista al terror. Terror que, después de la guerra del catorce, se ha ido apoderando de todos los resortes vitales. Marea que ha llegado a inundar el alma entera de Europa, dejándola enajenada, sin deseo alguno, incapaz de combate, en mortal quietud, como un pantano (p. 53).

Esta pavorosa quietud se asienta, paradójicamente, sobre el pasado esplendoroso europeo, como si Europa hubiese entrado en crisis por una radicalización de sus éxitos, de su «sobreabundancia»:

El pensamiento europeo se enredaba en sus propias victorias, fracasaba a causa de su riqueza y de la altura misma a que había llegado. No tuvo conciencia rigurosa de sus bienes. Rara situación que, hasta ahora, habíamos creído ciertos españoles privativa del pensamiento y de la vida española: perderse por sus dones, más que por sus defectos (p. 52).

Y lo peor del terror es que se constituye en el principal aliado de la destrucción y de la pérdida de fundamento y unidad de lo real. «Nada íntegro, nada entero» (p. 56) llega a realizarse, comenta Zambrano, y la fragmentariedad se torna en el rasgo primordial de la realidad. El arte no es ajeno tampoco a esta fuerte ola de destrucción. Es más, las manifestaciones artísticas de las vanguardias, desarrolladas en esa época, evidencian justamente este período de acabamiento, de ímpetu destructivo al proclamar la muerte tanto de la pintura como de la literatura. El arte contemporáneo está determinado por la destrucción de las formas que marca una vuelta al primitivismo, a los inicios del arte. No se trataría tanto de una deshumanización manifestada en el arte actual –como consideraba Ortega en su célebre ensayo de estética–, sino más bien de una demolición de todas las formas humanas, de un regreso al origen que enfrenta al ser humano, de nuevo, con la primigenia realidad sagrada, totalmente hermética, caracterizada por su carácter enigmático y arcano; una

realidad cerrada que le ofrecía resistencia y le impedía abrirse un hueco vital en ella. Las pinturas tahitianas de Gauguin, el cubismo de Picasso y sus *De-moiselles d'Avignon*, retroceden al mundo mítico, cuando el hombre aún no había desvelado su rostro y necesitaba de la máscara para protegerse del misterio sagrado de lo real. Vuelven a habérselas con esa naturaleza matérica y aórgica anterior a la categorización filosófica de la *physis* aristotélica, anterior al *logos*. De ahí que el dadaísmo y el surrealismo, con su escritura automática, transgredan la lógica del lenguaje y hagan uso de un balbuceo sin palabras que emula lo inefable. El arte vanguardista refleja la «noche oscura de lo humano», el desierto, el vacío sin actores representado en la pintura metafísica de De Chirico, el retorno a la reaparición de lo sagrado bajo la experiencia del extrañamiento del mundo y de la nada.

Ante esta terrible destrucción europea que afecta a todos los órdenes de la sociedad, Zambrano invita a no perder la esperanza de una posible resurrección de Europa, y, para ello, cree imprescindible —como ya hemos adelantado— plantear la siguiente pregunta: «¿qué es Europa?». El secreto enemigo que la está devorando se encuentra enlazado en las mismas raíces de nuestra cultura, es decir, la causa de tanta violencia europea no radica en algo externo a ella misma, sino que, paradójicamente, es una consecuencia del desarrollo máximo de su propia

ontología. En la propia esencia de Europa está la semilla de su propia destrucción, como si esta generara en su seno aquel preciso mal que la va a devorar. Nuestra autora parte, pues, de una concepción dialéctica de la historia, y concibe la crisis de nuestra cultura como una consecuencia lógica y necesaria del desarrollo histórico europeo. Es más, llega a afirmar que es la misma violencia la que ha constituido a Europa: «Europa se había constituido en la violencia, en una violencia que abarcaba toda posible manifestación, en una violencia de raíz, de principio» (p. 72).

Pero, ¿de qué violencia se trata? El origen de la violencia europea no lo sitúa Zambrano en un conflicto político, social o económico desencadenante de la Segunda Guerra Mundial. La autora no se sitúa en un plano histórico, ni siquiera intrahistórico –como diría Unamuno–, sino en un nivel más radical, más profundo que el de los meros hechos históricos. Se sitúa en un plano religioso al apuntar como causa del terror que recorre el viejo continente el culto profesado por el europeo al Dios judeocristiano. En dicho culto, se ha prestado más atención al acto creador de la divinidad que al acto misericordioso de la pasión de Cristo. El *Génesis* del *Antiguo Testamento* parece haber ejercido una mayor atracción sobre el europeo que el sacrificio del hijo de Dios, en aras de la salvación del hombre, recogido en el *Nuevo Testamento*. Es, pues, la capacidad

creadora de la divinidad la que ensalza y envidia el europeo, pues, si el hombre ha sido creado a «imagen y semejanza» de Dios, él ha de poseer también la capacidad de crear su mundo y conquistar un espacio propio, un espacio exclusivamente humano en la historia. Es esta esperanza, la esperanza del pleno desarrollo del ser humano, la que ha actuado como motor de la historia europea. Es más, según Zambrano, el nacimiento de la historia tiene su origen en esta esperanza, pues la historia solo es posible desde la plena conquista de la libertad, y esta solo se logra a través de la independencia de Dios. Como vemos, Zambrano se distancia tanto de la interpretación hegeliana de la historia, que veía en el desarrollo del Espíritu el posible progreso de la humanidad, como de la interpretación marxista, que apelaba a la lucha de clases como motor de la historia. Para la pensadora malagueña no son las contradicciones ideológicas ni económicas las causas del avance histórico, sino que coloca en un plano teológico el escenario a partir del cual se debate la verdadera aventura humana, que no es otra que la de batallar por su independencia y por el reinado del mundo.

Comienza, así, una dramática lucha del ser humano contra Dios por conquistar el dominio y el fundamento de lo real y de sí mismo, que la propia Zambrano describirá en su obra cumbre *El hombre y lo divino* (1955). La historia europea puede ser

descrita como el desarrollo de esa batalla, como el progresivo triunfo del hombre frente a la divinidad, triunfo que alcanza su culminación en la «muerte de Dios» anunciada por Nietzsche. Dicha muerte supone, pues, el máximo logro de lo humano y la satisfacción de su esperanza, de ese «seréis como dioses» que ha latido, desde su origen, en el subsuelo europeo como fuerza motriz de su historia.

Ahora bien, lo que Nietzsche presentaba como un logro, como la posibilidad de una transvaloración de los valores que permitiera la aparición de un hombre nuevo, el *Übermensch*, liberado de la vieja moral judeocristiana, Zambrano lo interpreta como un verdadero fracaso. La autora achaca, precisamente, a la radicalización de esta esperanza la causa principal de la agonía de Europa. El «seréis como dioses» propulsor del desarrollo europeo ha conducido al sacrificio de la divinidad y tal sacrificio provoca el verdadero nihilismo de la cultura occidental. Zambrano describe la historia de Europa como la historia de la frustración de la principal esperanza humana, la de un nuevo nacimiento a un espacio propio, independiente de Dios. Esta esperanza, al absolutizarse, se trastoca en delirio que produce lo contrario de aquello que buscaba, esto es, la destrucción del ser humano, en lugar de su máximo desarrollo. El endiosamiento del hombre por auto-crearse ha conducido a un deicidio que provoca la muerte del propio sujeto.

El diagnóstico zambrano sobre el declive europeo no ofrece dudas: Europa está en crisis por no haber puesto límites a esta esperanza, por haberse dejado arrastrar por los cantos de sirena de las sucesivas utopías que han ido alimentando su historia y que persiguen, en último término, hacer de la Tierra el Reino de Dios, pero sin Dios. Ahora bien, ninguna de estas utopías ha logrado plasmarse en la realidad, ni ha sabido calmar su hambre de nacimiento. La historia se convierte, de este modo, en una nueva deidad que sustituye al antiguo Dios y que –como más tarde analizará Zambrano en *Persona y democracia* (1958)– exige víctimas y sacrificios para su realización. Este carácter sacrificial del acontecer histórico es trágico porque el ser humano, a pesar de su voluntad, no acaba nunca de fundar el paraíso en este lugar de sufrimiento, no acaba nunca de nacer del todo. De ahí su desengaño y su resentimiento que despierta el afán de destrucción que ha servido de caldo de cultivo al fascismo que invadió el continente europeo.

La autora ya había tratado los aspectos emocionales del fenómeno fascista en *Los intelectuales en el drama de España* (1937). Escrito en plena guerra civil, Zambrano aborda en este ensayo el fascismo –como acertadamente ha señalado Eduardo Subirats– desde una perspectiva esteticista, como un «fenómeno espiritual, o más exactamente, como una concepción del mundo nacida de un profundo ma-

lestar y ansiedad de la propia cultura europea»<sup>2</sup>. Los sentimientos que alimentan la ideología fascista nacen de una actitud idealista ante la vida y podrían definirse del siguiente modo: *Un odio destructor al presente*, al evocar las cenizas de un orden inevitablemente en quiebra; *un apego al pasado* que lleva a ficcionalizar el presente y proyectar en él una pseudo-grandeza que trastoca la angustia por un mundo agonizante en un loco y violento entusiasmo por un prometedor porvenir; y *un resentimiento a la vida que impide una verdadera experiencia vital* que mantiene al sujeto en una perpetua adolescencia, incapaz de encarar la realidad:

el fascismo nace como ideología y actitud anímica de la profunda angustia de este mundo adolescente, de la enemistad con la vida que destruye todo respeto y devoción hacia ella<sup>3</sup>.

Ante la imposibilidad de afrontar el declive del orden moderno burgués, el movimiento fascista surge como una última inyección de pseudo-entusiasmo por un futuro que se intuye catastrófico; constituye un

2. Eduardo Subirats, «El pensamiento de María Zambrano en el drama de España», *Diario 16*, Suplemento «Culturas», 28 de septiembre de 1986, p. VI.

3. María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, p. 60.

último gesto desesperado ante la crisis occidental. «El fascismo –advierte Zambrano– pretende ser un comienzo, pero en realidad no es sino la desesperación impotente de hallar salida a una situación insostenible»<sup>4</sup>. A la luz de esta reflexión, el fanatismo de las masas que supo despertar el movimiento fascista y toda la imaginería imperialista de la que se sirvió para fomentarlo cabría interpretarlos como síntomas del nihilismo de la cultura europea, de un vacío que se pretende ocultar con esa falsa grandeza y artificial explosión de vitalidad:

Del alma estrangulada de Europa, de su incapacidad de vivir a fondo íntegramente una experiencia, de su angustia, de su fluctuar sobre la vida sin lograr arraigarse en ella, sale el fascismo como un estallido ciego de vitalidad que brota de la desesperación profunda, irremediable, de la total y absoluta desconfianza con que el hombre mira el universo<sup>5</sup>.

El fascista es, por tanto, un peligroso embaucador que, sirviéndose de palabras grandilocuentes, totalmente periclitadas, pretende maquillar la realidad de los hechos con otros hechos extraídos de un pasado glorioso, y, sin duda, este apresurado afán por hacer ostentación de grandeza deja traslucir el ma-

4. *Ibidem*, p. 61.

5. *Ibidem*, p. 63.

lestar del sujeto ante la cercanía de la nada, una nada que demanda, para no dejarse arrastrar por el vértigo ante el vacío, ser rellenada con falsos oropeles.

El resentimiento ante la vida que profesa el sujeto fascista trae como consecuencia el hermetismo de sus entrañas, de la interioridad del ser humano como espacio privilegiado donde la realidad se revela y donde habita la divinidad.

Recordemos que fue san Agustín, siguiendo a san Pablo, quien señaló la intimidad como el ámbito de la presencia divina. En *De Vera Religione* encontramos esa famosa sentencia que sella la alianza entre el interior del hombre y Dios: «*Noli foras ire, in te ipsum redi; in interiore homine habitat veritas; et si tuam naturam mutabilem inveris, transcede et te ipsum*» («No salgas fuera, sino entra en ti mismo; en el interior del hombre habita la verdad; y cuando hayas comprendido tu naturaleza mudable, transciéndete a ti mismo»)<sup>6</sup>.

El santo africano ve en la penetración en el fondo del alma el único camino conducente a la divinidad, pues Dios es lo más íntimo de cada hombre, más íntimo incluso que el propio ser. De ahí que san Agustín exclame: «*noverim te, noverim me*» («Deseo conocerte a ti, conocerme a mí mismo»). Como acertadamente ha señalado García-Junceda, «el autoconocimiento en san Agustín tiene un sentido

6. San Agustín, *V Rel* 39 72 PL 34 154.

más alto que el famoso oráculo délfico, pues entrar en sí mismo en san Agustín significa buscar el rostro de Dios en el mismo ser del alma»<sup>7</sup>. Solo a través del descenso y adentramiento en el alma se puede encontrar a Dios. El ser humano, pues, mantiene paradójicamente con la divinidad una doble relación: una relación trascendente, en tanto que Dios es el Ser superior que supera y traspasa los límites humanos, pero, al mismo tiempo, sostiene una relación inmanente, pues Dios es lo más propio de cada individuo, en tanto fundamento de su ser. Zambrano asume esta doble relación de trascendencia e inmanencia con la divinidad, declarada por san Agustín, y considera que la muerte de Dios deja desierto el fondo del alma, deja vacío el interior del hombre, y este vacío ocasiona el angustioso nihilismo del sujeto contemporáneo.

La referencia a san Agustín no es, en absoluto, anecdótica, pues aquí sostenemos que algunos de los principales supuestos del pensamiento agustiniano se encuentran en la base de algunas tesis defendidas por Zambrano, como acabamos de ver y tendremos ocasión de seguir comprobando. Por lo pronto, la autora llama a san Agustín el «padre de Europa» al encontrarse en su obra la expresión de las principales esperanzas que ha perseguido el europeo en su

7. J. A. García-Junceda, *La cultura cristiana y san Agustín*, Madrid, Editorial Cincel, 1988, p. 148.

historia. Podríamos decir que el itinerario de la historia europea coincide con el itinerario que va desde las *Confesiones* hasta *La ciudad de Dios*, es decir, desde la esperanza de experimentar una conversión personal que lleve a ser un «hombre nuevo», dotado de mayor perfectibilidad, hasta la esperanza de lograr hacer del mundo un paraíso, un reino de Dios en la Tierra. La obra agustiniana recoge, por tanto, ese doble anhelo que ha perseguido Europa en su despliegue: por un lado, el europeo aspira a desarrollar plenamente su ser a través de una sucesión de metamorfosis que le otorguen la conquista definitiva de la libertad. En este sentido, la concepción antropológica de san Agustín presenta la existencia humana con un carácter dinámico, como un continuado esfuerzo por llegar a Dios a través del mundo: «*Semper tibi displiceat quod es, si vis pervenire ad id quod nondum est. Nam ubi tibi placuisti, ibi remansisti. Si autem dixeris: sufficit, et peristi*» («No te contentes nunca con lo que eres, si quieres llegar a ser lo que no eres. Sentirte satisfecho es pararte en el camino y cuando dices: basta, es que estás muerto»)<sup>8</sup>.

Por otro lado, no solo busca una transformación interior, sino también exterior, pues quiere hacer del orden terreno un espacio adecuado a la redención, donde el tiempo de destrucción, que conduce

8. San Agustín, *Sermo* 169 18 PL 38, 926.

inevitablemente a la muerte, sea suplantado por un tiempo de construcción en el que el ser humano, ayudado por la gracia divina, logre su salvación y su ascenso espiritual. El fin de la historia, para san Agustín, ha de ser la edificación de la Ciudad de Dios, siendo la historia profana un medio para lograr este fin.

La absolutización de esta doble esperanza que recoge la obra agustiniana es la desencadenante, según Zambrano, como hemos visto, de la crisis de la cultura europea. Este diagnóstico zambraniano sobre la agonía europea está fuertemente inspirado en san Agustín, principalmente, en su particular modo de entender la relación del hombre con Dios, y en su contraposición entre la *superbia* humana (soberbia) y la *humillitas* (humildad). Veamos esta cuestión más detenidamente.

La antropología agustiniana concibe al ser humano como voluntad y considera que la esencia íntima de la voluntad es el amor, definido como el *pondus* (peso) o tendencia del alma hacia el lugar natural de su reposo. Distingue, a su vez, dos tipos de amores distintos y opuestos en el hombre: el *amor Dei*, que es la tendencia natural de todo ser humano hacia Dios como su fin último, y el *amor sui*, consistente en el apartamiento del camino que le conduce a Dios para centrarse egoístamente en sí mismo y hacer de su persona el fin último de su existencia. Hay, pues, dos tendencias opuestas que luchan en